

## Resumen argumental

*Le nozze di Figaro*, «commedia per musica» en cuatro actos, estrenada en el Burgtheater de Viena en 1786, es una de las óperas de Mozart más justamente apreciadas desde el mismo momento del estreno. El libreto de Lorenzo Da Ponte se basa en la obra teatral de Beaumarchais *La folle journée ou Le mariage de Figaro* (1784), la segunda de la trilogía iniciada con *Le barbier de Séville* (1775) y concluida con *La mère coupable* (1792), totalmente inmersa en el espíritu contestatario previo a la Revolución Francesa. Da Ponte obtuvo el permiso del emperador José II y con una inteligencia y habilidad notables evitó los momentos más conflictivos, manteniendo sin embargo la cáustica sátira social y el dibujo magistral de los caracteres. Mozart logró un equilibrio formal admirable entre el tempo dramático y el musical y con esta obra llevó la ópera buffa del siglo XVIII a su momento más brillante. La acción – contemporánea al momento del estreno– se sitúa cerca de Sevilla, en el castillo de Aguas Frescas, propiedad del conde de Almaviva, con muchos de los personajes de *Le barbier de Séville*. Han pasado unos años desde que el conde se casó con Rosina gracias a la ayuda del entonces barbero Figaro, ahora a su servicio y a punto de casarse con Susanna, camarera de la condesa.

### Acto I

En la habitación destinada por el conde de Almaviva a ser el nuevo dormitorio de Figaro y Susanna, una serie de incidentes jocosos muestran las intenciones libidinosas del conde hacia Susanna –con la que quiere restaurar el derecho feudal ya abolido del *ius primae noctis*– ayudado por el maestro de música y alcahuete Don Basilio y otras intrigas amorosas paralelas. Don Bartolo –que guarda rencor a Figaro– apoya la demanda de su ama de llaves Marcellina, que quiere casarse con el criado a partir de un compromiso firmado por éste en un momento de problemas económicos. El paje Cherubino, adolescente inexperto, se muestra enamorado de todas las mujeres, y en especial de la condesa. El conde se pone sin querer en evidencia e, irritado, envía a Cherubino a su regimiento de Sevilla.

Después de una brillante obertura en forma sonata donde se anuncian los temas que han de conformar la ópera, el acto comienza en una habitación sin muebles, con una butaca en medio. Los enamorados cantan el dúo «Cinque .... dieci...», continuado después de un breve recitativo por un segundo dúo, de tonos más sombríos, «Se a casi Madama...», mientras Susanna se prueba un sombrero para su boda con Figaro y éste toma medidas del lugar donde ha de poner la cama. Al contrario del criado, que

se muestra contento del trato del conde que les ha proporcionado el dormitorio, Susanna –que a lo largo de la obra muestra en todo momento su aguda inteligencia y su carácter decidido– ve con gran recelo esta aparente generosidad, y descubre a Figaro que lo que quiere el señor, mujeriego impenitente y fatigado ya de su mujer, es tenerla a mano y que, además, de acuerdo con Don Basilio, maestro de música y alcahuete suyo, quiere restaurar en su persona el *ius primae noctis*, derecho feudal ya abolido. Susanna sale y Figaro expresa con fría cólera y violenta ironía en la cavatina «Se vuol ballare, Signor Contino», con ritmo de minueto acompañado por los *pizzicati* de las cuerdas a manera de guitarra, su voluntad de trastocar los planes del conde. Bartolo, antiguo tutor de la condesa, y Marcellina, su ama de llaves, intervienen en la intriga. Ésta quiere evitar la boda de Figaro con Susanna y casarse ella –conserva una promesa de casamiento que el criado firmó hace tiempo al no poder devolverle un préstamo– y el tutor se presta a ayudarla para vengarse del antiguo barbero que le robó su pupila, sentimiento expresado en la famosa aria de bravura para bajos *buffi* «La vendetta», también colérica pero de baja catadura moral, introducida por trompetas y tambores y sostenida por los violines. Se va y entra Susanna, que canta un divertido *duettino* con Marcellina —«Via, resti servita»—, de exquisita perfidia, con rápidos intercambios de impertinencias.

Susanna queda sola hasta que entra Cherubino, joven paje del conde, inexperto y enamorado de todas las mujeres que lo rodean, que ha sido sorprendido por el conde solo con Barbarina, hija del jardinero, motivo por el que ha sido despedido. Suplica a la camarera que haga que la condesa interceda a su favor y muestra su apasionado amor hacia ésta apoderándose de un lazo suyo que estaba en manos de Susanna y dando a la camarera una romanza que ha compuesto para ella. Las emociones del adolescente que despierta a la vida amorosa se expresan magistralmente en una de las más bellas arias mozartianas, «Non so più cosa son, cosa faccio...», de ritmo febril, sostenida por los clarinetes, y también por los fagots y trompas.

Cherubino se esconde detrás de la butaca cuando entra el conde, que se cree solo y hace claras proposiciones amorosas a Susanna. Llega Basilio y el conde se esconde a su vez detrás de la butaca mientras Susanna logra tapar al paje con los vestidos sobre la butaca. Basilio también se cree solo y hace de valedor del conde ante la indignación de Susanna, al tiempo que la advierte del amor que Cherubino siente por la condesa. El conde salta al oír estas palabras y comienza un animado trío —«Cosa sento», un expresivo *allegro assai* con oboes, clarinetes, fagots, trompas y cuerda— en el que el conde explica cómo descubrió al paje en la habitación de Barbarina, y en un gesto inesperado lo descubre de nuevo en la butaca. A la indignación del señor y a la burla

de Basilio («Così fan tutte le belle!»), se añaden las excusas de Susanna y la preocupación del conde porque el paje ha presenciado sus intentos de seducción. Entra Figaro —con un vestido blanco en las manos— con el coro de labradores y labradoras que celebran con cantos de tonalidad pastoral, en una especie de barcarola, las bodas que han de celebrarse y la abolición del humillante derecho feudal, circunstancia que irrita al conde —que se da cuenta de la habilidad del criado para ponerlo en evidencia ante un público de buena fe— y ordena, como venganza, demorar la boda. Cherubino pide perdón al conde, que se lo concede, pero a cambio de enviarlo de inmediato a servir como oficial en su regimiento. Figaro canta ahora con sarcasmo la célebre aria «Non più andrai, farfallone amoroso», con una instrumentación que se intensifica como si se aproximara un ejército y con la intervención de tambores, que contraponen la placentera vida frívola y amorosa en el castillo con la dura vida militar.

## Acto II

En las habitaciones de la condesa, que añora el amor del conde, ésta prepara con sus fieles criados Susanna y Figaro una estratagema para provocar sus celos y poner en evidencia a la vez sus infidelidades, en la que ha de intervenir Cherubino vestido de mujer. La llegada inesperada del conde —que provoca que Cherubino huya saltando por el balcón— está a punto de desbaratar estos planes. El acto se acaba con las reivindicaciones de Marcellina, acompañada por Basilio y Bartolo, en un brillante septeto.

El segundo acto se abre con la presentación de la condesa, sola en su habitación, que se lamenta amargamente en una bellísima cavatina, «Porgi amor», de melodía única, subrayada por el clarinete y el fagot, de la falta de amor de su esposo. Entran primero Susanna, y después Figaro, que disfrutan de la confianza absoluta de la dolido condesa. El criado analiza la situación con cinismo e imagina una estratagema para poner al conde en evidencia: le hará llegar una nota diciendo que la condesa tiene una cita secreta con un amante, para despertar sus celos y, al mismo tiempo, le hará llegar una cita de Susanna para la noche, a la cual acudirá en realidad Cherubino vestido de mujer. Se va Figaro, tarareando el «Se vuol ballare» del acto anterior.

Llega Cherubino, a quien Susanna anima a cantar la romanza compuesta por él que le ha dado por la mañana. Acompañada aparentemente por la guitarra de Susanna —en realidad las cuerdas— y comentada por las cuatro maderas —flauta, oboe, clarinete y fagot—, en una especie de trío, oímos la famosa y bellísima aria «Voi che sapete che cosa è amor», con texto de Da Ponte y no de Beaumarchais, que expresa

magistralmente los contradictorios sentimientos del adolescente ante el descubrimiento del amor.

La condesa y Susanna disfrazan a Cherubino de mujer en una escena llena de ambigüedad donde las dos juegan con malicia con el bello jovencuelo, que se siente muy turbado, mientras la camarera canta su primera aria, «Venite... inginocchiatevi», llena de ligereza y frivolidad, subrayada por los fagots, oboes, flautas, la melodía de las cuerdas y el sonido de las trompas, antes de salir a buscar un lazo.

El conde, que ha llegado antes de lo previsto alertado por el billete de Figaro, llama a la puerta cerrada. Cherubino se esconde en el gabinete y la condesa deja entrar a su marido, que sospecha de inmediato que su mujer no está sola, a pesar de sus confusas explicaciones. Susanna, que entra sin ser vista, se esconde a su vez tras una cortina, mientras la condesa, tensa y llena de dignidad, niega las sospechas de su marido —en un brillante trío que forman las intervenciones de los esposos más los apartes de Susanna, con la métrica a tres tiempos propia del minueto— hasta que sale con él a buscar unas herramientas para abrir la puerta del gabinete. Susanna hace salir al paje y lo ayuda —después de cantar con él un ágil dúo— a saltar por el balcón que da al jardín y se encierra ella misma en el gabinete. Entran de nuevo el conde y la condesa, y ella le confiesa que es Cherubino quien se esconde en el gabinete porque estaban preparando una broma para a la noche

Se inicia ahora el final del segundo acto («finale secondo»), famoso por su longitud (940 compases, sin recitativos) y por la acumulación progresiva de los personajes que se incorporan a las escenas sucesivas, desde el *dueto* inicial al septeto final, con una gran variedad de formas y un rico desarrollo contrapuntístico. El conde, irritado ante la nueva interferencia de Cherubino, llega a amenazar gravemente a su esposa, pero queda desarmado cuando, al abrir finalmente la puerta, se encuentra con Susanna y no con Cherubino. Las dos mujeres dicen al conde, sorprendido y arrepentido de sus sospechas —en un irónico trío con ritmo de minueto—, que se trata de una broma para castigarlo y éste acaba pidiendo perdón a la condesa. Entra Figaro, que quiere avanzar la boda a pesar de la sorda resistencia del conde y que se incorpora a la intriga femenina. La situación se complica con la aparición del jardinero Antonio, padre de Barbarina, que dice haber visto a un hombre saltando por un balcón, que le ha aplastado las flores que lleva en las manos y que ha huido corriendo. A pesar de las protestas de los amigos, que acusan a Antonio de borracho, y que Figaro confiesa que ha sido él el que ha saltado, el conde tiene cada vez más la impresión que le están engañando, sobre todo cuando el jardinero le da el billete que se le ha caído a Cherubino. La secuencia acaba con una brillante polifonía a cuatro partes.

Llegan ahora Marcellina, Basilio y Bartolo, que piden justicia al conde para que haga cumplir a Figaro su promesa de matrimonio con Marcellina. Se forman dos tríos que se enfrentan cara a cara, el de los recién llegados y el de la condesa, Susanna y Figaro, al primero de los cuales se suma pronto el conde, y el acto acaba con un brillante septeto —que toma un aspecto de coral— dominado por el canto de Susanna, en que los personajes expresan sentimientos contrapuestos.

### Acto III

En una sala del castillo, donde han de celebrarse las bodas de Susanna y Figaro, el conde sospecha de los ardides que prepara la criada. Las cosas se complican cuando se descubre que Marcellina —que insiste en reclamar sus derechos— es en realidad la madre de Figaro, y fruto éste de sus amores con Bartolo. La alegría y reconciliación general no impiden que la condesa decida continuar con sus planes y dicte a Susanna la nota que ha de delatar al conde. Se celebran los desposorios de Susanna y Figaro y de Marcellina y Bartolo ante los labradores del lugar, entre los cuales está Cherubino disfrazado de mujer por su amiga Barbarina, y el conde ordena una gran fiesta para la noche.

En una sala del castillo, preparada para la boda de Susanna y Figaro, el conde se muestra inquieto e intuye que se trama algo. La condesa hace que Susanna le haga llegar una cita para la noche, a la que piensa acudir ella misma con los vestidos de la criada. El conde ofrece a Susanna la dote —dinero que ella necesita para pagar a Marcellina— si cede a sus pretensiones y cantan ambos un breve y elegante dúo subrayado por la madera, lleno de malicia por parte de la camarera, que le promete acudir a la cita. Pero cuando entra súbitamente Figaro, Susanna comete la imprudencia de decirle en voz baja que el proceso está ganado. El conde lo oye y se da cuenta del engaño. Queda solo en escena y canta un recitativo y un aria donde expresa su ira, orgullo y afán de venganza acompañado por el *crescendo* de la orquesta, con una gran ornamentación de la línea vocal.

Entran Figaro, Marcellina, Bartolo y Curzio, abogado que interviene en la causa que Marcellina plantea a fin de casarse con Figaro. El conde, que tiene autoridad judicial como señor del lugar, ratifica con satisfacción la demanda y exige que Figaro cumpla la promesa de matrimonio. Cuando éste, desesperado, apela a su ilustre nacimiento, ya que nos cuenta que unos bandidos lo raptaron de su cuna, se descubre —por un tatuaje que lleva grabado en el brazo— que Figaro es en realidad hijo de Marcellina y de Bartolo. La sorpresa es enorme y cuando entra Susanna con el dinero de la dote que le ha dado la condesa para liberar a Figaro, se indigna al ver a Figaro y Marcellina

abrazados y lo abofetea. Le explican la sorprendente verdad y en un brillante sexteto dominado por la voz de Susanna, todos —excepto el conde y Curzio, indignados, que finalmente salen de la escena— se reconcilian y dan muestras de afecto y alegría. Bartolo decide casarse con Marcellina al mismo tiempo que Figaro y Susanna. Barbarina ofrece a Cherubino esconderlo en su casa y vestirlo de muchacha para que pueda ir a la boda. Salen y entra la condesa, que se lamenta de verse obligada a pedir ayuda a una sirvienta para recuperar a su marido y, en un recitativo acompañado seguido por la bellísima aria «Dove sono i bei momenti di dolcezza e di piacer», de serena línea melódica, tomada del Agnus Dei de la *Misa de la Coronación*, acompañada por oboe, fagot, trompas y cuerda, expresa su nostalgia por la felicidad perdida y la voluntad de recuperar el amor del marido.

Antonio avisa al conde de que Cherubino está en su casa, disfrazado. La condesa dicta a Susanna la carta para formalizar la cita con el conde en el refinado *duettino* «Sull'aria...» donde las cuerdas acompañan a la señora y las maderas a la camarera y le da un broche que servirá de prenda.

Entra un grupo de labradoras, con Cherubino disfrazado y Barbarina, que llevan flores a la condesa y entonan un coro de aire pastoril. La condesa observa con ternura el parecido de la pretendida prima de Barbarina con el paje. Entran ahora el conde y Antonio con el sombrero de Cherubino en la mano; el jardinero lo reconoce, le quita la cofia y le coloca el sombrero. Cuando el conde se dispone a castigarlo, Barbarina le recuerda que mientras la besuqueaba le prometía lo que quisiera y ahora le pide que la deje casar con Cherubino, poniendo así una vez más al conde en evidencia. Llega Figaro, que invita a las labradoras al baile que se prepara y elude las sospechas del conde sobre quién era el que saltó por el balcón. Se oye una marcha «española», basada en un fandango, y todos salen, menos el conde y la condesa.

Pronto aparece la comitiva del casamiento, con las dos parejas —Bartolo y Marcellina y Figaro y Susanna—, cazadores, labradores, jovencitas que llevan los velos y tocados. Se avanzan dos jovencitas que en un alegre *duettino* dan gracias al conde por la abolición del humillante derecho feudal, coreado por los presentes. Mientras se celebra la boda y se oye la brillante música del fandango con el acompañamiento de madera, sin el clarinete, Susanna da al conde con disimulo la carta y el broche pero Figaro observa, suspicaz, cómo el conde se da un pinchazo con la aguja y lee una carta. El conde ordena, entre la alegría de los presentes, que por la noche se celebre una gran fiesta.

Acto IV

En el jardín del castillo, de noche, Barbarina descubre sin querer la cita de Susanna y el conde ante Marcellina y Figaro, que queda convencido de la deslealtad de su amada y se esconde –con Bartolo y Basilio– para presenciar la escena. La condesa y Susanna han intercambiado sus vestidos y el conde y Figaro caen en la trampa: el conde intenta seducir a la supuesta criada y Figaro, para vengarse, corteja a la supuesta condesa. Finalmente se aclaran los equívocos y el conde, sorprendido en flagrante infidelidad por su propia esposa, que lo perdona, se ve obligado a perdonar a todo el mundo entre la alegría general, teñida, sin embargo, de la tristeza provocada por el sentimiento general de un mundo que se acaba y la fragilidad de la fidelidad amorosa.

De noche, en el jardín, donde se levantan dos pabellones, Barbarina busca el broche que el conde le ha dado para Susanna, mientras canta una breve y deliciosa cavatina acompañada con la cuerda sola. Cuando la sorprenden Figaro y Marcellina, les explica candorosamente el encargo que le han dado y añade que la cita será en el bosque de pinos. El criado le da una aguja de Marcellina que la joven cree que es la que ha perdido y la hace marchar para cumplir el encargo.

Después de una breve aparición de Barbarina, Figaro conduce a Basilio y a Bartolo al lugar a fin de que puedan presenciar, escondidos, el encuentro de Susanna y el conde. Al quedar solo, y dentro de la línea filosófica de las arias del inicio de este acto, Figaro canta con rencor un recitativo acompañado y una agresiva aria sobre la infidelidad de las mujeres y las mil formas que puede tomar la maldad femenina, «Aprite un po' quegli occhi», subrayada por una brillante orquesta, que acaba con las trompas de caza aludiendo a los cuernos de los maridos engañados, antes de esconderse en el bosque.

Entran la condesa y Susanna con los vestidos cambiados, conscientes de la presencia de Figaro y Marcellina, que también se esconde. Queda sola Susanna que, a fin de aumentar los celos de Figaro, canta la bella y ambigua aria amorosa «Deh vieni, non tardar, o gioia bella», con ritmo de siciliana, acompañada por la flauta, oboe, fagot y cuerdas, que discurre desde una ironía inicial en el recitativo a una emoción sincera final.

La entrada de Cherubino tarareando y que se acerca a la condesa creyendo que es Susanna, marca el comienzo del segundo final («finale ultimo») de la obra. Los personajes no se distinguen entre sí a causa de la oscuridad, hecho decisivo en los equívocos, que ya no cesan, punteados por los comentarios polifónicos de los protagonistas. El paje intenta obtener los favores de la supuesta y turbada camarera. Interfiere la llegada del conde, contrariado al ver a la que cree Susanna con otro

hombre, y cuando se acerca recibe el beso de Cherubino. Irritado, intenta darle un bofetón, que recibe Figaro, que se había aproximado sin ser visto, y se inicia un brillante cuarteto —«Ah! ci ho fatto un bel guadagno»— entre la pareja de los señores y la de los criados.

La condesa interpreta su papel de criada complaciente y el conde le da un anillo y quiere hacerla entrar en el pabellón, ante la indignación de Figaro escondido y la satisfacción de las dos mujeres. La presencia de Figaro obliga al conde a marchar mientras la condesa se esconde en el pabellón de la derecha.

Sigue una escena entre Figaro y Susanna en que el criado cree que está con la condesa pero pronto se da cuenta del cambio y continúa la escena de seducción para vengarse. Susanna no puede dominar su indignación y le da una serie de bofetones, que el enamorado recibe con satisfacción como prueba de amor. Deshecho el equívoco, cantan el dúo amoroso «Pace, pace, mio dolce tesoro», que expresa la alegría de la reconciliación.

Entra el conde en busca de Susanna y cree que su mujer, la condesa, lo está engañando con Figaro. Llama a sus hombres y acuden Basilio, Curzio, Bartolo y Antonio. Salen del pabellón de la izquierda Cherubino, Marcellina y Susanna, aún disfrazada, pidiendo un perdón que el conde se niega a otorgar a pesar de las burlonas súplicas de los presentes. La condesa sale del otro pabellón, llena de dignidad, y pide el perdón para todos, a la vez que concede el suyo al conde, desolado y avergonzado al descubrir la trampa donde ha caído. Un alegre y vibrante coro en el que cada personaje canta su satisfacción, en una especie de acción de gracias dominada por la voz de Susanna, concluye la obra en un brillante *crescendo* final. Sin embargo, la música de todo este final está inundada de una melancolía profunda que provoca el sentimiento general de un mundo que se acaba y también la constatación de la fragilidad de la fidelidad amorosa.

Teresa Lloret